

Testimonio de un catecúmeno tras la peregrinación a Roma

Ni emoción ni experiencia, pero emotivo y desde la experiencia. Así fue mi viaje a Roma. Un viaje que conmueve, pero que no sólo conmueve. Una experiencia mística, pero no sólo una experiencia. Un viaje renovador donde lo que hay que renovar no está todavía siquiera empezado. He sido un privilegiado por asistir a la cuna y cumbre de la Iglesia católica.

Con la celebración de la clausura del *Año de la fe*, la Iglesia me invitó a mí, un catecúmeno que busca el Bautismo, a recibir la bendición del papa Francisco, un mensaje de apoyo y una bienvenida por todo lo alto. Yo, que por aquél entonces apenas había cumplido los 20 años me encontré con gente de todas las edades, colores y procedencias. Estábamos todos muy nerviosos, sin saber qué decir ni dónde ir, con ganas de que empezara la celebración.

Éramos más de 500 personas y la primera vez que las vi a todas fue en la plaza de San Pedro bajo una incesante lluvia que llevaba más de dos días sin dejar de caer.

Fue sorprendente ver que gente con tantas cosas distintas, que no teníamos ni la misma lengua en común, habíamos sido llamados a bautizarnos, habíamos sido llamados por Él. Y todavía hoy estamos llamados. Él nunca deja de llamar, nunca deja de acudir. Fue muy gratificante ver que no estaba solo. Que había tantos otros como yo. "Gente rara" que se bautiza ya de mayor. Que ha decidido convertirse y cambiar de vida. Poder ver en ellos

mis problemas, mis dificultades a lo largo del proceso, mis miedos y mis pasiones fue algo sencillamente brillante. Me sentí abrazado y arropado por la Iglesia, por mis hermanos. Me sentí feliz y lleno de alegría. Estaba en Roma viendo al Papa porque quería bautizarme!

Después de las colas, a las 16.00 de la tarde, hubo una homilía en la que Francisco se dirigió a nosotros. Expresó lo que yo sentía («Venís de muchos países distintos, de tradiciones culturales y experiencias diferentes. Y sin embargo esta tarde sentimos que tenemos entre nosotros muchas cosas en común. Sobre todo, tenemos una: el deseo de Dios»). Me sentí en comunión total. Estábamos dentro de la Basílica, rodeando el altar, sentados todos en un sitio privilegiado. La lectura evangélica (*Jn 1, 35-42*) que después fue comentada por el obispo de Roma, nos presentó las 3 fases que experimenta quien decide seguir a Jesús.

La primera fase es la escucha. Escuchar su testimonio, escuchar su Palabra. La segunda es el encuentro. La última es el camino. Lo que me llevó a Roma fue la escucha. Escuchar su Palabra en boca de otros y ver su obra en manos de otros. Verle en la caridad, verle en el hambre, verle en la entrega, verle en el sacrificio. Ver que Él es el que me estaba llamando y me estaba esperando, el que me quiere y por eso quiere que vaya al encuentro.

En Roma tuve el encuentro. Pero ni el primero ni el último. Él siempre ha estado ahí, pero es cuando uno decide abrir los ojos cuando lo ve. Y en el Vaticano me sentí especialmente encontrado. Especialmente querido, mimado, anestesiado de su alegría. Me sentí en casa. Me sentí en su casa.

Y después del encuentro viene el camino. La fe es caminar con Jesús. Un camino que dura toda la vida. Fueron unas palabras salidas de una voz angelical. Ir ahí, acudir a la llamada y decir sí ha sido un paso más en el camino de la fe que está todavía por empezar. Ha sido como calzarse las sandalias de Jesús para salir a caminar. Porque antes de caminar hay que prepararse para el viaje. Y hay que saber que uno nunca deja de caminar, aunque esté impedido, aunque no quiera. En Roma aprendí eso.

Como catecúmeno no podré olvidar las palabras que el papa Francisco nos dirigió. Jesús es el centro de la humanidad. Jesús es el centro de tu vida y la fe es caminar con Él. Y ahora estoy a punto de cerrar la primera etapa del camino, estoy a punto de acabar para empezar de nuevo, estoy a punto de renovarme y renovar mi vida. Empezar a caminar y dejar de arrastrarme.

